

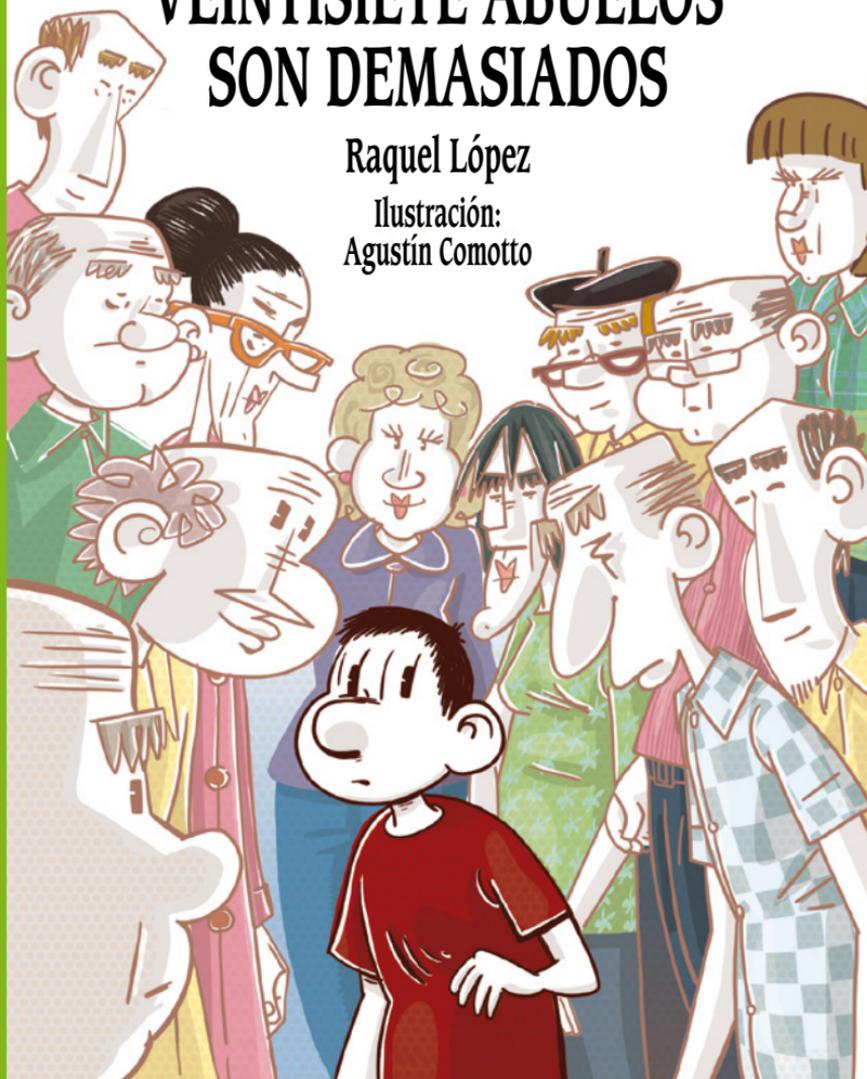


E L D U E N D E V E R D E

VEINTISIETE ABUELOS SON DEMASIADOS

Raquel López

Ilustración:
Agustín Comotto



ANAYA

Esta obra obtuvo en 2013 el Primer Premio del XXXII Concurso de Narrativa Infantil «Vila d'Ibi».



Ajuntament d'Ibi

© Del texto: Raquel López, 2014
© De las ilustraciones: Agustín Comotto, 2014
© De esta edición: Grupo Anaya, S.A., 2014
Juan Ignacio Luca de Tena, 15. 28027 Madrid
www.anayainfantilyjuvenil.com
e-mail: anayainfantilyjuvenil@anaya.es

1.ª edición, abril 2014

Diseño: Taller Universo

ISBN: 978-84-678-6127-3

Depósito legal: M-6483-2014

Impreso en España - Printed in Spain

Las normas ortográficas seguidas son las establecidas por la Real Academia Española en la *Ortografía de la lengua española*, publicada en el año 2010.

Reservados todos los derechos. El contenido de esta obra está protegido por la Ley, que establece penas de prisión y/o multas, además de las correspondientes indemnizaciones por daños y perjuicios, para quienes reprodujeren, plagiaran, distribuyeren o comunicaren públicamente, en todo o en parte, una obra literaria, artística o científica, o su transformación, interpretación o ejecución artística fijada en cualquier tipo de soporte o comunicada a través de cualquier medio, sin la preceptiva autorización.



EL DUENDE VERDE

Raquel López

**VEINTISIETE
ABUELOS SON
DEMASIADOS**

Ilustración: Agustín Comotto

Q U E R I D O L E C T O R

Cuando era pequeña tenía un pueblo, ahora que soy un poco mayor tengo dos y mis hijos tienen tres.

Si quieres saber cómo se consigue, presta mucha atención.

A tu familia le deben gustar las mudanzas y los traslados, es decir, hacer maletas, empaquetar cajas, subir a trenes o autobuses, organizar maleteros y mover trastos de un lado para otro tiene que estar «chupao».

Es aconsejable que tu madre haya nacido en una ciudad diferente a la de tu padre, así las posibilidades aumentan. Además, si tus abuelos también emigraron, enhorabuena, ya tienes un montón de pueblos a los que ir en verano, Semana Santa, Navidades o cualquier fin de semana.

Tener casa en cada uno de ellos es difícil, pero no te preocupes, seguro que una tía lejana se ofrece a ser tu anfitriona durante varios días.

Y si tus padres y abuelos viven en la misma ciudad, no desesperes, todavía tienes una oportunidad. Busca a un niño o a una niña de tu edad que sí tenga un pueblo con abuelas y abuelos en él.

Te aseguro que en poco tiempo recibirás una invitación para pasar unos días con su familia y, entonces, podrás vivir aventuras como las que te cuento a continuación.



A Mario e Inés, por la alegría de vivir.

1

EL DÍA que me entregaron las notas de clase fue el peor día de mi vida.

Mi madre se quedó con la boca abierta, se puso seria, muy seria, y me lanzó una zapatilla volando. Menos mal que tiene muy mala puntería y nunca atina, pero al ir a recogerla estiró el dedo índice de su mano derecha, creció hasta llegar al techo, yo me hice pequeño, y gritó:

—¡Te la has cargado, Álex! Este verano, del pueblo no sales. Te quedarás en casa estudiando inglés.

—Mami, ¿estás segura de lo que dices? —le pregunté con un hilo de voz y ojos melosos.

—Segurísima, y vete ahora mismo a tu habitación.

Obedecí sin rechistar, me fui a mi cuarto, cerré la puerta, me tumbé en la cama y miré



al techo. No lo podía creer, me había castigado.

Ese día se convirtió en el mejor día de mi vida y, además, era el comienzo del verano.

2

TENGO UN pueblo. Un pueblo de esos pequeños que no salen en los mapas. Es famoso por el calor y los albaricoques, aunque en la huerta de mi tito ya quedan pocos.

También tengo un montón de casas allí: la de mi abuela, la de mi bisabuela y la de mi tía Lola, aunque siempre duermo en la misma.

Tardamos una hora y diecisiete minutos en llegar. Siempre. Creo que el coche de mi madre tiene un cronómetro en vez de un cuenta kilómetros, porque nunca se adelanta ni se retrasa.

A veces, cuando arranca el motor, pregunto:

—¿Cuánto tardaremos, mamá?

Y ella responde:

—Una hora y diecisiete minutos.

Entonces pongo el reloj a punto y empiezo a contar. Me gustaría que se equivocara alguna

vez, aunque, casi al final del trayecto, nos animamos. Miro el reloj y le digo:

—Mamá, faltan seis minutos y quedan cinco kilómetros.

Y, en ese momento, sale de la autovía, coge una carretera estrecha, curvas a la derecha, curvas a la izquierda, pasa por el cementerio, baja la cuesta y conduce más deprisa o despacio (según convenga) para llegar en punto a la puerta de la casa.

Mi madre tiene las llaves en la guantera para ir cuando quiera (a veces va sin nosotros). A mí me gustan las fiestas de San Antón, vestirme de huertano, ver de lejos a los nazarenos, la verbena de agosto y hacer tortas de navidad en el horno.

Soy un suertudo, me dice Víctor, que no tiene pueblo.

Víctor es mi segundo mejor amigo. En infantil éramos los únicos chicos que llevábamos el pelo largo y, desde entonces, jugamos juntos en el recreo, nos cambiamos cromos y, a veces, el bocata.

Cada vez que llegan las vacaciones, él se tiene que quedar en Alicante y es un fastidio. Ya

sé que aquí tenemos playa, pero no va todos los días y, además, vive en el sexto piso de un edificio. En cambio, en el pueblo puedo estar en la calle cada vez que quiero y la casa tiene la puerta abierta todo el día. Mi abuelo siempre dice que eso es lo bueno de vivir en un pueblo pequeño. Lo malo, es que está muy cerca del monte y del campo y de bichos y de alimañas y de plantas que se enredan en las piernas.

Pero yo estaba castigado.





EL DUENDE VERDE

Álex ha suspendido inglés, por lo que estará castigado en el pueblo todo el verano. Este plan parecía muy aburrido y monótono, hasta que los abuelos del lugar se empeñaron en llevarlo de acá para allá. Pronto descubrirá que los niños de la localidad han desaparecido misteriosamente. ¿Quién se los puede haber llevado?

Edad recomendada
para este libro:
A partir de 8 años

ISBN 978-84-678-6127-3



9 788467 861273

www.anayainfantiljuvenil.com

1571197

ANAYA